



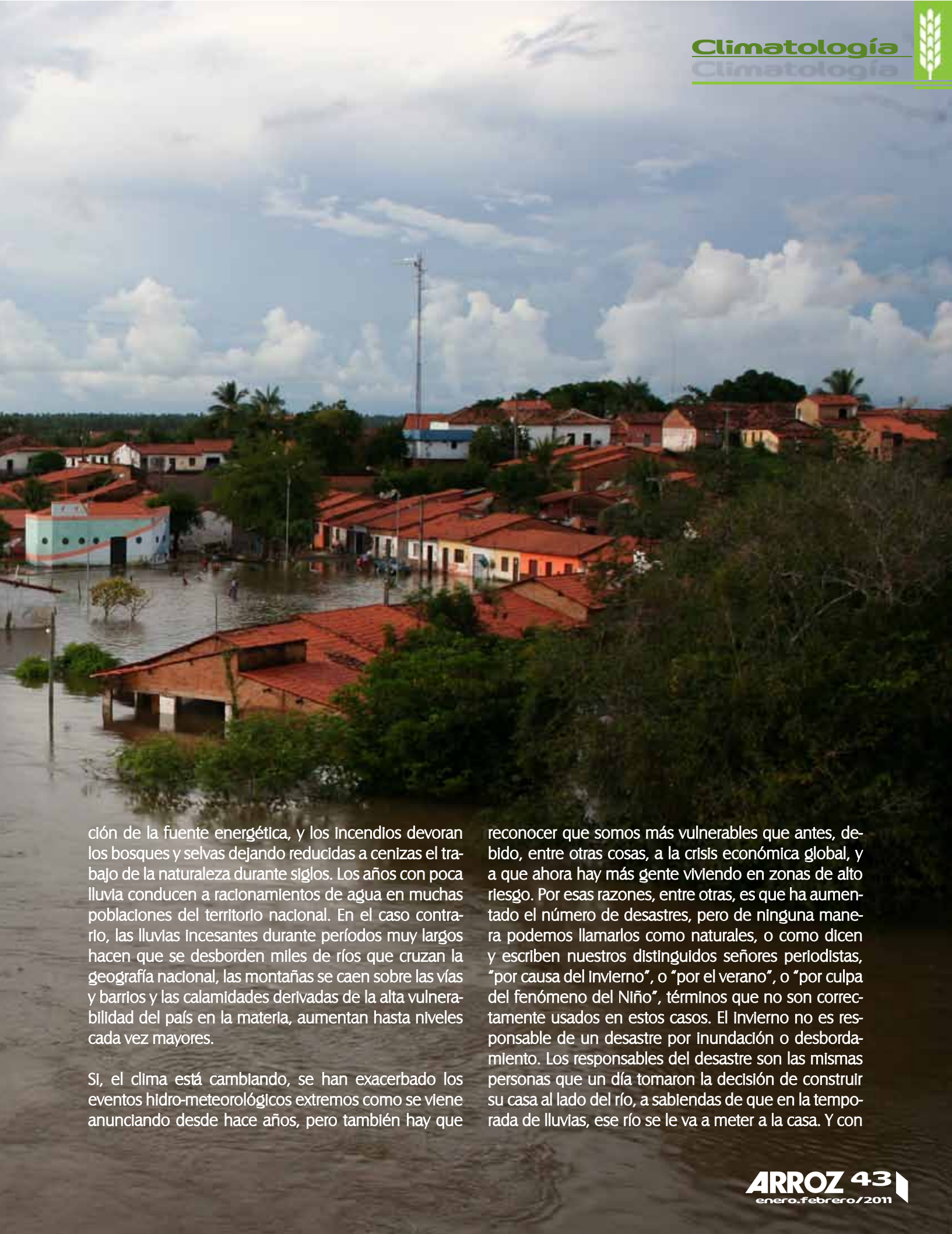
Max Henríquez Daza

Climax de la naturaleza

El segundo semestre del 2010 ha inundado una página de la historia colombiana, por todos los desastres de origen hidro-meteorológico que se presentaron en el país. Es real que cada vez los inviernos son más crudos y los desastres más tenaces. ¿Por qué pasa esto?. Son sucesos anunciados que no nos deben coger de sorpresa. En condiciones normales las llamadas temporadas secas (que son los meses en que menos llueve), también llamadas temporadas de verano, causan incendios forestales, secan cientos de ríos y otras corrientes de agua, producen desabastecimiento del vital líquido en acueductos y afectan cultivos y al ganado. Entre tanto, las condiciones llamadas normales del invierno (meses en que más llueve)

producen todos los años crecientes, inundaciones, avalanchas, deslizamientos y, ahora muy recientemente, tornados.

Anualmente se han calculado que son, en promedio, 600 pequeños eventos como estos que producen un alto impacto en nuestra economía. Cuando hay alguna alteración, como las causadas por los fenómenos del Niño y de La Niña, entonces la crisis es peor. Hay sequías devastadoras de cultivos, mueren cientos o miles de cabezas de ganado, los embalses reducen sus volúmenes de agua hasta niveles críticos, obligando a las autoridades hidroenergéticas a poner en práctica planes especiales alternativos de ahorro y de sustitu-



ción de la fuente energética, y los incendios devoran los bosques y selvas dejando reducidas a cenizas el trabajo de la naturaleza durante siglos. Los años con poca lluvia conducen a racionamientos de agua en muchas poblaciones del territorio nacional. En el caso contrario, las lluvias incesantes durante períodos muy largos hacen que se desborden miles de ríos que cruzan la geografía nacional, las montañas se caen sobre las vías y barrios y las calamidades derivadas de la alta vulnerabilidad del país en la materia, aumentan hasta niveles cada vez mayores.

Si, el clima está cambiando, se han exacerbado los eventos hidro-meteorológicos extremos como se viene anunciando desde hace años, pero también hay que

reconocer que somos más vulnerables que antes, debido, entre otras cosas, a la crisis económica global, y a que ahora hay más gente viviendo en zonas de alto riesgo. Por esas razones, entre otras, es que ha aumentado el número de desastres, pero de ninguna manera podemos llamarlos como naturales, o como dicen y escriben nuestros distinguidos señores periodistas, “por causa del Invierno”, o “por el verano”, o “por culpa del fenómeno del Niño”, términos que no son correctamente usados en estos casos. El invierno no es responsable de un desastre por inundación o desbordamiento. Los responsables del desastre son las mismas personas que un día tomaron la decisión de construir su casa al lado del río, a sabiendas de que en la temporada de lluvias, ese río se le va a meter a la casa. Y con



la complicidad de las autoridades civiles y ambientales, que no hicieron nada para evitarlo.

Recientemente el Consejo de Estado determinó que los desastres previsibles no pueden ser atendidos solo con visitas de las autoridades y que ellas incumplen sus funciones sino toman determinaciones para evitarlos. Esta fue la respuesta que dio ese estamento público a la acción popular de una comunidad afectada por un deslizamiento en Bucaramanga. Eso me parece bien y va a sentar una pauta hacia el avance en gestión de los desastres, tarea que muy pocos han emprendido para reducir el riesgo, mediante la reducción de las vulnerabilidades.

La Dirección de Gestión del Riesgo (DGR), que es como ahora se llama a la antes Dirección General de Prevención y Atención de Desastres de Colombia (DGPAD) tiene en sus manos la oportunidad de hacer de su nombre una realidad: gestionar los riesgos, y reducirlos, porque es mejor negocio para el país. Sale más barato evitar un desastre que tener que atenderlo y luego reconstruir, además que le ahorra penurias a las comunidades, especialmente las menos favorecidas.

La crisis que ha surgido en los sistemas Nacionales Ambiental y de Atención y Prevención de Desastres, que debe servir para abrir un debate amplio con los diferen-

tes actores del problema y encontrar la vía o las vías de transformación de lo actual, por algo mejor.

En nuestro país, más que en otros, es necesario que andemos esos caminos de reducción de los riesgos, ya que conocemos bastante bien las amenazas naturales que se ciernen, pero se requiere solucionar los temas de pobreza y vulnerabilidad, que van de la mano. Colombia es de los países que más afectación negativa tienen, derivada de la generosidad de lluvias que caen sobre nuestro territorio, que en vez de favorecernos, como bien natural que es, nos causa daño. Cuantos países desearían disfrutar de la riqueza hidro-meteorológica que tiene Colombia!. Pero nosotros no hemos sabido para que sirve que llueva tanto, más aún en épocas de Niñas.

A mí me parece que al Sistema Nacional Ambiental hay que aterrizarlo, para que no le pase lo que le está pasando actualmente, que muestra una inoperabilidad en las acciones fundamentales, como las que requieren las cuencas hidrográficas, por ejemplo, cada vez más deterioradas, acelerando la sedimentación de nuestros ríos. Eso le niega al país competitividad en los mercados mundiales en muchos de sus productos bandera, como el café. El tema es largo, pero no hay sino que ver lo que pasó con el Canal del Dique y las CARs, que tienen cartas en el asunto.

El tema es largo,
pero no hay sino
que ver lo que pasó
con el Canal del
Dique y las CARs,
que tienen cartas
en el asunto.

